

# ALBUM DE SEÑORITAS

## CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.



### INSTRUCCION.

#### HISTORIA DE LA MUJER.

##### *Semíramis.*

Dice una escritora, que ha sido exacta y elegante narradora de las mujeres mas célebres del mundo: para observar á la mujer en sus diferentes condiciones, recorramos el Asia; y para verla desde luego en toda su gloria, remontémonos á los tiempos maravillosos, porque están muy lejos de nosotros; detengámonos sobre las ruinas de la soberbia Babilonia. Algunas piedras dicen apenas donde estuvieron sus murallas, mas la imaginacion las eleva en nuestro rededor: se vé la Torre, el Templo, los Jardines suspendidos, y en semejante ilusion de recuerdos, si una paloma viene á arrullar en estos sitios, ó la voz de una mujer á aumentar tantas maravillas, se cree hallar de nuevo aquella mujer bajo la graciosa forma en que los asirios la adoraban, ó mas bien se finje uno á la misma Semíramis, hermosa como el dia en que

se presentó á su pueblo amotinado, sin diadema, sin velo, sin adornos, con los cabellos sueltos, y estendido su brazo con magestad hácia los sediciosos; se cree verla, y no causa sorpresa que renaciese la calma con su presencia. La belleza, el génio, el valor debian dar necesariamente á Semíramis un gran ascendiente sobre sus súbditos. Se sirvió de él para conducirlos á la victoria, para inspirarles aficion á las ciencias, á las artes, á la filosofía; y al hacer construir aquella torre, que tanto se elevaba hácia los astros, les facilitó el estudio de la astronomía, ciencia en la que se distinguieron muy particularmente.

Pero veamos quien fué esta heroína, esta célebre reina de Asiria, contemporánea del patriarca Abraham.

Su nombre significa paloma, bajo cuya forma la adoraron como á diosa los asirios y babilonios. Hija de la desgracia y del abandono, pues su madre Atara la dejó á las inmediaciones de un lago donde se guarecian las palomas, á sí misma debió su gloria.

Encontróla un pastor de ganados y la llevó á la esposa de su capataz, llamada Simia, que la hizo criar; y por rela-

cion con el sitio donde fué hallada, la nombró Semíramis.

Ya jóven, era admirable por su hermosura; y al verla Memnon, gobernador de la Siria, se enamoró de ella y la hizo su esposa, amándola tanto, que al tener que ir á la guerra, y no pudiendo vivir sin Semíramis, se la llevó consigo.

Pero aquella mujer no se distinguía solo por su belleza, tenía génio; y al seguir á su esposo, se acomodó un traje guerrero de su invencion, que aumentaba sus atractivos; y al presentarse de tal modo ataviada en el campamento, todos la saludaron con admiracion y aplauso.

Satisfecha en este punto su vanidad, queria lo estuviése tambien en alardes de valor; y en el sitio de Bactra, púsose al frente de un cuerpo de valientes asirios, y mientras los bactrianos defendían la ciudad por el sitio mas débil que era el atacado, Semíramis se dirije al lado mas difícil, escala la muralla, y lleva en pos de sí el terror y la confusion á los sitiados, que se rinden.

El nombre de Semiramis es llevado en alas de la fama: el rey Nino quiere éonocer aquel prodijio de valor y de belleza, y se apasiona de ella de tal modo, que propuso á Memnon darle por esposa á su hija, la princesa Shosana, si le cedía á Semíramis. Memnon, que tambien la amaba, rehusó; pero ofende su orgullo de monarca en el desaire de su capricho; se irritó, y le hizo tales amenazas, que Memnon se suicidó. Nino casó entonces con Semíramis; y á la muerte de aquel rey, quedó ella con el gobierno de sus Estados.

Su reinado comienza 1994 años an-

tes de Jesucristo; y por su grandeza, por su magnificencia, por su gloria, eclipsó á los reyes sus antecesores, y la igualaron pocos en victorias, en riquezas y en poderío.

Recorrió su imperio, embelleció ciudades, construyó acueductos, abrió caminos barrenando montañas y terraplenando valles, dilató los límites de la Siria, conquistando la Arabia, el Egipto, una parte de la Etiopía y de la Libia, y toda el Asia, hasta el Indo.

A ella se debió la reedificacion de Babilonia, el ensanche de su recinto, la construccion de sus célebres jardines suspendidos, el renombrado templo de Belo, y las murallas, una de las siete maravillas del mundo.

Por ella fué Babilonia la mayor ciudad que alumbró el sol y la primera de las ciudades del mundo. Y todo se debió á una mujer abandonada en su cuna, y sin otra guía que su génio!

Todo es grande en Semiramis. Belona en la guerra, Minerva en la paz, nada tiene de extraño que se la divinizara á su muerte, que se la acatara como á diosa, y se la dispensara el apoteosis divino, que si bien aumentaba su culto, no acrecia por esto su fama, ya imperecedera.

Cuéntase entre sus hechos notables, que hallándose un dia en su palacio peinándose, la avisaron que el pueblo se habia sublevado: sin acabar de peinarse, sale á la plaza, penetra por entre la muchedumbre amotinada, y su sola presencia sosiega los ánimos y calma el tumulto. Concluido todo, se volvió tranquila á concluir su adorno. En su honor, y para recuerdo de este hecho, se erigió una estatua que la representaba, con la mitad del cabello trezado y la mitad suelto.

Como lo anunció el oráculo, conspiró contra ella su hijo Ninias, y en vez de castigar á los culpables abdicó el poder, y se ocultó á la vista de los hombres.

Entonces se la erijieron templos, se la levantaron altares, y la cantaron los poetas: la escultura, el pincel, la música, la poesía, todo contribuyó entonces y contribuye aun á perpetuar la memoria de tan célebre mujer, cuyo nombre vivirá lo que el mundo.

A. Pirala.

### LITERATURA.

#### Recuerdos de mi niñez en Sevilla.

Sevilla! tus encantos y tus flores  
me traen á la memoria  
de mi angélica madre los amores  
y de mi infancia la pueril historia.

Cuánto dulce recuerdo se aglomera  
en mi frente abrasada!  
cuántos recuerdos de mi edad primera  
que resbaló en tus brazos, madre amada!...

Ay! cómo pasa el tiempo! cómo pasan,  
ligadas á los años,  
la ventura y la paz! ay! cómo abrasan  
á nuestro corazón los desengaños!

Cómo duele en el pecho la memoria  
de otros mejores días!...  
Oh! si pudiera yo borrar la historia  
de inocentes pasadas alegrías!...

Cuántas veces, al beso cariñoso  
de mi madre adorada,  
entregaba mis miembros al reposo,  
en sus amantes brazos recostada!

Cuántas, por la mañana, su voz pura  
despertarme solía,  
regalándome un beso de ternura  
al bendecir la luz del nuevo día!

Mil veces de tu Bétis en la orilla  
de frescas rosas coroné su frente,  
y ella estampaba un beso en mi megilla  
mas puro que las luces del oriente.

Madre mia!... ya nunca aquí en el suelo  
podré estrechar su cuerpo entre mis brazos,  
hasta que un día bondadoso el cielo  
me permita gozar de sus abrazos....

Ya no puedo ceñir su sien helada  
con tus hermosas flores; oh Sevilla!  
ni ella puede besar; madre adorada!  
mi ya marchita y pálida megilla;

Por qué pasó aquel tiempo, y ya los años  
con mi madre robaron mi ventura,  
y en mi asolado pecho, desengaños  
me dejaron, y luto y amargará!...

Oh! dichosa mil veces yo, Sevilla,  
si pudiera animar su sien helada  
y adornarla con fresca manzanilla  
y con violeta azul tornasolada.

Lejos entonces de mi pecho huyeran  
con el dolor, el llanto y la amargura,  
y á mi desierto corazón volviera  
la alegría, la paz y la ventura.

Mas; ay de mí! ya nunca aquí en el suelo  
podré estrechar su cuerpo entre mis brazos,  
hasta el día dichoso que en el cielo  
nos vuelvan á reunir eternos lazos.

ANGELA MOREJON DE MASSA.

Sevilla 8 de abril de 1853.

## EL ANIMA SOLA.

Novela original de

*Doña Robustiana Amiño de Cuesta.*

(Continuacion.)

Un día, la madre de Azucena, que era la que no habia podido consolarse de la pérdida de su esposo, dió una caída terrible, caída que puso en peligro su vida, minada ya por los disgustos, y por su constitucion débil y enfermiza.

Bien fuese efecto de su caída, bien de los pocos medios de asistencia que podian prodigarla, la enferma luchó algun tiempo con la muerte, hasta que por fin espiró en el momento en que su cariñosa y anciana madre, creyéndola ya mejor, se acercaba á la cama para enseñarla una gallina, debida á la caridad de una amiga.

La infeliz al ver á su hija caer sin vida sobre los almohadones, que eran el único recuerdo visible de su vida pasada, empezó á gritar como una loca, reuniendo en un momento á todos los curiosos del vecindario. Eran las doce; Azucena que desembocaba entonces por la calle, de vuelta de su taller, contempló un momento con asombro aquella multitud agrupada en derredor de su puerta y de la ventanilla de rejas, por la que los curiosos se esforzaban en distinguir algun objeto; pero á medida que se iba acercando la iban faltando las fuerzas para llegar, sus piernas flaqueaban, su voz se entorpecía, y sus temores tomaban mayores proporciones.

Los gritos entrecortados de la anciana llevaron á los oidos de Azucena la triste nueva, en el momento en que rompiendo por entre la gente atravesaba el dintel de su casa; y entonces, pálida, convulsa, con toda la ansiedad del que se ahoga de dolor, qui-

so huir, pero en el momento de poner el pié en la calle se encontró con Antonio, que volvía tambien de su trabajo, y se arrojó á su cuello llorando.

—Al fin, exclamó con voz ahogada, al fin ya nada tienes que envidiarme, todo lo he perdido.

—Sí, respondió Antonio, conduciéndola hácia una casa vecina, un capricho mas de la suerte que ha querido hacernos iguales en un todo. Animo, ya estamos solos en el mundo; solos, como la desgracia, que ningun amigo tiene.

### III.

#### *La Partida.*

Aturdida Azucena con la inesperada muerte de su madre, ni siquiera se habia acordado de volver todavía al taller, cuando la noticia de que Antonio, á quien meses antes habia tocado la suerte de soldado, iba á marchar para el ejército, puso en peligro su pobre razon. Apoyo, amor, esperanzas, todo iba á desaparecer de su alrededor, quedando, á mas de sola, encargada de cubrir las necesidades de dos personas, pues su abuela, vieja y enferma, empezaba á necesitarlo todo, sin poder subvenir á nada.

Azucena estuvo á punto de volverse loca, y solo las continuas reflexiones de Antonio, lograron darle resignacion y fuerzas para aguardar mejores dias.

El dia señalado para la marcha de Antonio llegó al fin, y con él, la hora de la desolacion para aquellas pobres mujeres, que no perdonaron gasto ni fatigas para endulzar la suerte del honrado jóven, que al sentimiento de separarse de su amada y de su segunda madre, reunía el de dejarlas sin mas apoyo que el mezquino jornal que Azucena recogía semanalmente de manos de la Gitana.

La abuela se despidió de él dos y tres veces, abrazándole y llorando con la mayor

ternura; pero no tuvo valor para verle partir.

—Yo, yo voy á despedirte, Antonio, le dijo Azucena envolviéndose en su pañolón de los días de fiesta; nunca me consolara de no haberte dado el último adiós, cuando por la vez primera vas á dejar el pueblo donde viste la luz.

Al verla disponerse á salir, cualquiera hubiera ya creído que estaba serena, si su respiración fatigosa y el círculo morado que rodeaba sus ojos, no desmintieran su aparente tranquilidad.

Los dos jóvenes salieron por fin á la calle en medio de los gemidos de la infeliz abuela, y cruzando toda la ciudad por los barrios más escusados para no ser vistos por los amigos de Antonio, tomaron el magnífico puente, que cruza el cristalino Tormes, y salieron á un pequeño arrabal, que hay al otro lado, donde se reunía el destacamento que había de conducir á todos los que habían salido soldados.

La vista de aquella tropa, hizo en Azucena la misma impresión que el patíbulo á los ojos del reo. Todo su valor desapareció con la prontitud de una descarga eléctrica; su rostro estaba lívido y sus piernas temblaban horrorosamente.

—Me olvidarás? balbuceó deteniéndose de repente y apoyándose maquinalmente en el brazo de su amado.

Antonio no pudo hablar... sacó de uno de sus dedos un anillo de plata lisa, sin esmalte ni adornos, y le colocó en la mano derecha de Azucena, mirándola con una expresión indefinible. Nunca le había parecido tan hermosa.

—Adios! murmuró al fin estrechando tíernameute una de sus manos.

—Adios! respondió Azucena con los ojos preñados de lágrimas. Y no sintiéndose con fuerzas para presenciar aquella larga sepa-

ración, volvió á repasar el puente, corriendo y sin mirar hácia atrás, procurando contener su llanto hasta llegar á casa.

Cuando llegó al estremo del puente, que toca ya con la ciudad, paróse la jóven de repente, se apoyó un momento en el antepecho, y dirigió una ansiosa mirada por todo el arrabal lejano. Estaba ya desierto.

Entonces, pálida y quebrantada, volvió á tomar el camino de la ciudad, que tenia que atravesar toda entera.

El día declinaba, y á medida que se ocultaba el sol, dorando con sus últimos reflejos las elevadas agujas de la Catedral, se elevaba de en medio del pueblo el sonido melancólico de mil campanas, especie de canto místico que llamaba á los fieles para recordarles las últimas oraciones.

Al cruzar Azucena, triste y sola, la larga y sombría calle de San Pablo, la campana de Santo Domingo vino á vibrar en su oído con el acento más dolorido, y cediendo al sentimiento religioso, que se anida siempre en el corazón de los desgraciados, torció su dirección, y entró en el magnífico templo de San Estevan, donde pasó largo rato orando con toda la perseverancia del que cree y espera.

Un religioso subió lentamente los escalones del altar, y recitó con voz clara y severa el Ave-Maria. El murmullo de algunas voces contestaron desde los ángulos y recodos de la iglesia. Era casi de noche. El religioso volvió á bajar los escalones y desapareció por una puerta de la iglesia, que sube al interior del convento, y los pocos fieles que habían acudido aquella tarde desaparecieron también silenciosamente, sin que Azucena hubiese notado que quedaba sola.

La pobre jóven estaba de tal manera conmovida, que apenas podía coordinar en la memoria las oraciones más vulgares. Ya empezaba por la centésima vez el Ave-Maria,

cuando el ruido que hacia el sacristan registrando los rincones de la iglesia, le advirtió que iban á cerrar las puertas.

Levantóse entonces sobresaltada, y como procurando recordar la hora en que habia entrado allí, y solo entonces reparó en que el dia habia terminado.

—Ah! mi abuela! mi pobre abuela sola! y bajando precipitadamente la escalinata atravesó de un vuelo la ciudad y llegó á su pobre casa, oscura y solitaria guarida en la que solo se oía el gemido ahogado de la pobre anciana, que la recibió en sus brazos anegada en llanto.

Desde aquel dia efectuóse en el carácter de Azucena un cambio notable. Esquiva para con sus amigas, huyendo de todas las distracciones como de un incendio, apenas levantaba del suelo sus hermosos ojos adormecidos por el pesar, y de su rostro pálido habian desaparecido á la vez, los colores y la sonrisa.

Poco á poco, las ropas de Azucena se fueron usando sin haber sido reemplazadas por otras nuevas; su abuela, anciana y enfermiza, tenia cada dia mayores necesidades, y al cabo de dos años que habian pasado desde la marcha de Antonio, la casa de la panadera no encerraba mas muebles ni riquezas que el pobre ajuar que llevamos descrito al principio de nuestra historia.

Y tal era la posicion de Azucena en la tarde de que hemos hablado, cuando siguieron sus pasos Salazar y sus amigos.

#### IV.

##### *La Gitana.*

Apenas se separó Don Félix aquella noche de sus amigos de café, dirigióse apresuradamente á su casa é interrogó con el mayor cuidado á Doña Juliana acerca de cuanto tenia relacion con la modista, aunque afectan-

do que hablaba solo para matar el tiempo, y se durmió al fin cansado de combinar una multitud de planes, á cual mas descabellados, y que habia ido desechando á medida que los formaba, por impracticables los unos, por faltos de interés los otros.

Amaneció el siguiente dia, claro y radiante como uno de los mas bellos de otoño; veíanse abiertas y concurridas todas las tiendas, limpios y brillantes los ricos comercios de quincalla, y las modistas, esas vírgenes locas, como las ha llamado un escritor de nuestros dias, se encaminaban á los talleres, desplegando sus pañuelos abigarrados y sus basquiñas cortas y ondulantes.

A pesar de su habitual pereza para levantarse, aun no habian dado las siete, cuando ya se habia presentado D. Félix en el elegante taller de la modista.

Habia sido ésta una arrogante moza, llena de carnes, blanca como la leche, y con lindos cabellos rizados, apasionada por los militares de alta graduacion, y por los estudiantes; de los primeros por interés, y de los últimos por aficion. Majestuosa como una reina, dócil como una paloma, y compasiva como una Hermana de la caridad, era sobre todo mujer de mundo, que no se dejaba deslumbrar por niñerías ni adulaciones.

Envuelta hasta la edad de treinta años en las mas ruidosas aventuras, la Gitana no podia resignarse á bajar completamente del pedestal en que la habian colocado sus desenfrenos. Aunque retirada ya como un adorno, cuya moda pasó, el amor seguia siendo su idolo, su vida, su recuerdo incesante; por eso no habia muchachas mas bellas que las de su taller, por eso el libertino que tratase de llevar á cabo la conquista de alguna de ellas, podia estar seguro de encontrar en el ama de la casa un apoyo firme y decidido, un móvil, las mas veces desinteresado, porque la Gitana no ambicionaba otra dicha que

la de verse siempre rodeada de intrigas amorosas que la rejuveneciesen y embriagaran, como si ella fuese siempre la protagonista.

(Se continuará.)

—•••••  
**A ELLA.**

**SONETO.**

Si no te ha de mover mi triste acento  
 Y no te pido amores y ternura,  
 ¿Por qué te ofende que en la noche oscura  
 Mis quejas de dolor entregue al viento?  
 ¿Quiéres que esclavo gima el pensamiento  
 De tus antojos en la cárcel dura?  
 ¿Quiéres, ya que me robas la ventura,  
 Robar también la voz al sentimiento?  
 El arpa del amor dulce y sonora  
 Pulsé por tí cuando en tu amor creía;  
 Mas hoy que el alma por sus sueños llora  
 Y el cierzo arrastra la esperanza mía,  
 Lamentando el pesar que me devora  
*Mi lengua va por dó el dolor la guía.*

J. A. VIEDMA.

—•••••  
**VARIEDADES.**

**A LOS JÓVENES DE AMBOS SEXOS.**

Me tomo la libertad de dirigirme á todos los amigos de la juventud, y aun á los jóvenes mismos, para rogarles que tiendan una compasiva mirada sobre mi desgraciada suerte, á fin de que juzguen imparcialmente la preocupacion de que soy victima.

Hemos nacido dos hermanas gemelas, y las niñas de los ojos no se parecen mas una á otra que nosotras dos nos parecemos. Mi hermana y yo viviríamos en perfecta armonia, sino fuera por la parcialidad de nues-

tros padres, que hacen entre ambas distinciones las mas humillantes para mí.

Desde que pasó nuestra infancia, mi hermana es mirada con cierta deferencia, como si ella fuese de mejor cuna; mientras que á mi me han dejado crecer sin darme la menor instruccion; á ella la han dado maestros de escribir, coser, dibujar, música y otras clases de adorno, y si por casualidad cogia yo alguna vez el lápiz, la aguja ó la pluma, era severamente reprendida, y en mas de una ocasion hasta me castigaron por ser zurda; verdad es, que muchas veces me asocio á mi hermana, pero siempre aspira ella á la superioridad, no llamándome mas que cuando le soy necesaria, ó tan solo para que figure á su lado.

No creáis, amigos míos, que mis quejas son hijas puramente de la envidia ó la vanidad; no, mi sentimiento emana de otra causa mas grave, y es, que existiendo la costumbre en nuestra familia de encomendar á las dos hermanas el trabajo para procurar el sustento necesario, si por casualidad llega á enfermar mi hermana, cosa sumamente fácil, puesto que es propensa á dolores reumáticos, calambres y otras dolencias, ¿qué será de nuestra pobre familia? ¿No sentirán entonces nuestros padres haber establecido semejante diferencia entre dos hermanas que tanto se parecen? ¡Ah! pereceremos de miseria, pues no me será posible ni aun escribir un memorial para obtener una limosna, viéndome obligada á emplear la mano de otro hasta para dar parte de mi desgracia.

Ruégoos, pues, lectores y lectoras, que contribuyais á que mi familia conozca la injusticia de su ternura esclusiva, y la necesidad que tiene de distribuir equitativamente sus afectos y cuidados entre las dos hermanas; en el interin queda esperando proteccion vuestra mas atenta y segura servidora

*La mano izquierda*

## MODAS.

Los vestidos de barés, de organdí, de tarlatana y de granadina se llevan siempre con volantes. Como todas estas telas se fabrican ahora de mucho ancho, los vestidos no necesitan sino tres paños, lo cual da infinitamente mas elegancia á los volantes. Cuando la falda tiene un vuelo desmesurado, los volantes se pliegan y arrugan de un modo poco favorable. Para dar consistencia á la falda, se la puede forrar de una muselina gruesa y almidonada, colocando de trecho en trecho algunas ballenitas muy delgadas, que la ahuequen un poco, dándole la forma de abanico: este forro no debe subir mas que á la altura del segundo volante, para que quedando lisas las caderas sienten bien las aldetas del cuerpo. Hace algunos años, el desmedido hueco que se daba á la cadera hacia un efecto poco agradable á la vista y fuera de lo natural.

Los cuerpos de esta clase de vestidos se hacen de mil maneras: unos con aldetas; otros escotados á lo virgen: algunos fruncidos. Cualquiera de estos cortes sienta perfectamente. En cuanto á la manga, se la corta en tres pedazos cuadrados hácia abajo, que se sujetan juntos por medio de traviesas ó de lazos, colocados en escala á cada lado de la abertura: tambien se llevan á lo mosquetero con grandes vueltas, muy abiertas y en punta. Ultimamente, se hacen con muchos volantes sobrepuestos, unos sobre otros. Esta forma es muy graciosa en encajes, en muselina, hecha á feston, ó en tarlatana, con un simple jareton. Los volantes de chaconá se hacen casi siempre con jareton, que forme ondas, guarnecido de una puntilla de encaje. Cuando el dibujo de la tela no es á disposicion de guirnaldas ó ramaje, sino de floreado menudo, se guarnece el volante con un

rizado, un poco encañonado, de la misma tela.

No se pueden poner en los vestidos menos de tres volantes; nadie lleva ya dos solos; la variedad está de tres á siete.

En punto á telas, el barés está en todo su auge, y en esta estacion es preferido á la gasa de seda. Los hay muy lindos en los almacenes de las calles del Cármen y de la Montera: sus disposiciones son de volantes, bien con guirnaldas, ó bien con listas arrasadas, ó escocesas de dos colores, como azul y blanco, morado y blanco, ó verde y blanco.

El barés Montijo es esencialmente aristocrático: sus volantes están cubiertos de una imitacion de blonda, tejida en el mismo barés, lo que figura como si fuesen dos volantes, uno de barés y otro de blonda. Estos dibujos sobre fondo melocoton, rosa de Bengala, verde pistache ó azul de Sevrès, hacen un efecto sorprendente.

*Aurora.*

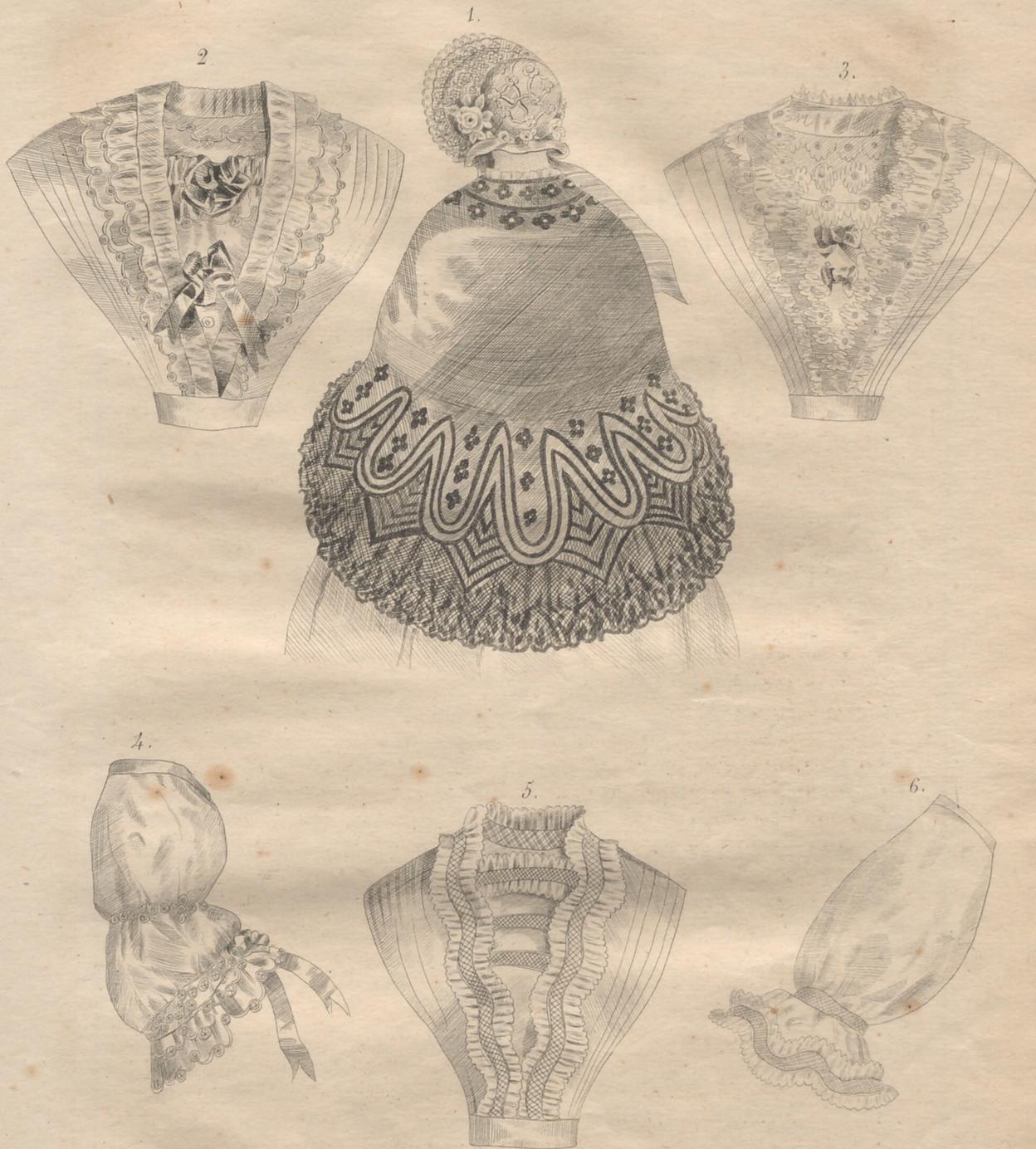
### Esplicacion del pliego de Labores.

**Núm. 1.** Manteleta *Hortensia* de tafetan de color. Las grandes ondas que terminan esta manteleta van guarnecidas de tres terciopelos negros angostos, colocándose en su centro tres estrellas ó flores bordadas: una blonda muy ancha sale por debajo de las ondas: lo alto de la manteleta está adornado con dos terciopelos y otros dos órdenes de estrellas ó flores, correspondientes á las de las ondas

**Núm. 2, 3 y 5.** Modelos de camisetas ó fichús.

**Núm. 4.** Modelo de manga, con un grande hueco, formado por un entredos bordado: en el bajo dos guarniciones bordadas, sujetas con una cinta que pasa por enmedio y se ata en un lazo con puntas flotantes.

**Núm. 6.** Manga llamada *Duquesa*, formada por un ancho entredos que sostiene dos volantes.



ALBUM DE SEÑORITAS Y CORREO DE LA MODA

Concepcion Geronima n.º 1. Litografia de Castelló.

MADRID.

N.º 22, Junio de 1853.



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID